

cia : por los trabajos, ayunos, vigiliias, preces, limosnas. » Por fin, escribiendo á Arsenupio, lector, da este consejo á las personas de todos los estados : « Las riquezas son buenas, pero sólo lo son mientras uno hace buen uso de ellas y las administra sabiamente. La pobreza también es buena, pero para aquellos que la soportan con coraje y paciencia. Los honores son buenos, pero esto cuando uno se sirve de ellos para aliviar los afligidos y defender á los oprimidos. La humillación es buena, pero esto cuando se sufre con evangélica filosofía. La autoridad es buena, pero mientras el que la posee gobierna con equidad, y no se sirve de su poder para vengarse de sus inferiores. La fuerza es buena, pero sólo cuando se emplea para proteger al débil. Así es que no debemos acusar estas cosas en sí mismas, las cuales pueden servir de instrumento á la virtud y al vicio, según el buen ó mal uso que de ellas se haga ; sino que más bien se debe acusar la mala disposición de nuestro corazón, que hace que por un descuido de la salud, que no se puede concebir, nosotros hacemos mal uso de las cosas que son buenas. »

Hé aquí también algunas de sus sentencias : « Es hermoso hacer bien á los amigos ; lo es más hacerlo á los indigentes ; pero lo es muchísimo más y más meritorio hacerlo á los enemigos. El primero es un deber de razón, el segundo de humanidad, el tercero está por encima de todas las alabanzas. »

Si no está permitido, dice en otra carta, hacer limosna del bien mal adquirido, con mucha más razón será prohibido enriquecerse con él.

Es un mal el pecar ; pero es un bien más grande hacerlo sin remordimiento. Se debe uno abstener de los pecados más insignificantes, temiendo que nos arrastren á los mayores ; pues un vicio que al principio parece poca cosa, va siempre creciendo.

Tres cosas son necesarias á un cristiano ; la oración, la virtud y la fe. La oración es como el adorno, la virtud como el cuerpo, y la fe como el alma. Estas tres cosas hacen al hombre perfecto.

Si todos los hombres en este mundo fueran tratados según sus méritos, de suerte que los impíos sufrieran el castigo debido á sus crímenes, y los buenos recibieran la recompensa de su virtud, el último juicio sería inútil ; pero no lo será, porque los malos prosperan muchas veces en este mundo, y los justos con frecuencia son afligidos.

Dice que aun cuando seamos reos de crímenes tan enormes que nos parezcan irremisibles, el soberano Juez se nos presenta flexible desde el momento que recurrimos á su misericordia con un corazón verdaderamente contrito.

Dice también que aquel que se quiere vengar y no puede, es tan culpable como si ya lo hubiese hecho ; lo mismo que aquel que quiere dar y no puede ; porque se han de juzgar las cosas, no por su realización, sino por la disposición del corazón.

Cotejando los escritores sagrados con los profanos, hace notar que el estilo de los primeros es simple y sin ornamento, pero que el sentido es sublime y celestial ; mientras que los segundos no dicen nada que no sea bajo y despreciable, aunque en términos floridos y elegantes.

Pero es tiempo de hablar de los consejos que da á los solitarios. No los recogemos todos, pues habría para componer un volúmen ; ahí van solamente algunos de los principales. Dice á Nilo solitario, que los ancianos padres de la vida monástica se aplicaban principalmente al desprendimiento de las cosas de la tierra y á renunciar á su propia voluntad, y que siendo nosotros instruidos por sus ejemplos, debemos practicar lo que leemos de sus acciones,

Propone al mismo á san Juan Bautista por modelo de su conducta, y dice que se debe contentar con un vestido

de piel para cubrirse y con yerbas para nutrirse ; y que si esto le parece superior á sus fuerzas, que se sujete á las órdenes de su superior sobre los medios de adquirir la perfección de su estado.

He sabido, dice al monje Patrimio, que vos teneis la habilidad de hablar con elocuencia ; pero no ignoréis que no son las palabras sino las obras, lo que nos conduce á la perfección religiosa. Si queréis, pues, merecer las recompensas eternas, no os acariciéis por hablar con gracia sino poned todos vuestros cuidados en vivir bien.

Hace estos justos reproches á otro monje llamado Pedro : « ¿Quién no se admirará que habiendo abandonado las riquezas y los honores del siglo, y enseñado con esto el camino de la humildad á muchos, ahora abráis la puerta de vuestro corazón al orgullo, como si afectaséis insultar á la sentencia pronunciada en el Evangelio contra aquellos que se quieren elevar ? Acordaos de lo que prometistéis al entrar en el estado monástico. ¿ No es por ventura la modestia, la humildad, la sumisión y las otras virtudes, de las cuales aquellas son como la raiz fecunda ? Practicándolas es como uno se hace imitador de Jesucristo ; mientras que dejándose arrastrar por los sentimientos del orgullo, se imita al ángel rebelde y por fin se sufre la misma suerte que él. »

Hace también fuertes reproches al monje Talaleo, porque se aplicaba á la lectura de los autores profanos. « Ah ! le dice, ¿ cuanto os compadezco, cuando veo que por vuestro estado sois del número de los discípulos del Señor, y no obstante os ocupáis en la lectura de los historiadores y poetas paganos ? ¿ y encontráis en ellos quien merece ser preferido á los libros que tratan de nuestra religión ? Todo cuanto han dicho con tanto cuidado y arte, no es más que fábulas y cuentos despreciables. Los dioses de que hablan, las grandes acciones de sus héroes, los combates que rela-

tan, todo esto no nos muestra más que pasiones y afectos corrompidos. Debéis, pues, temer que leyendo estas fábulas y estas obscenidades, abran de nuevo en vuestro corazón la llagas ya formadas, é introduzcan en vuestra alma un enemigo que os volverá peor de lo que eraís antes, por vuestra ignorancia y negligencia. »

Hé aquí las reglas de prudencia que dicta á Pedro superior de un monasterio, sobre la conducta que debía guardar para los neo-convertidos del mundo. No conviene, dice, proponerles de principio todas las austeridades de la regla, temiendo que se espanten y desfallezcan. No conviene dejarlos sin ocupación y eximirlos de los trabajos ordinarios, por temor que se vuelvan tibios y perezosos ; sino conducirlos poco á poco y como por grados á lo más perfecto, para que crezcan como se dice de Isaac en la Escritura. El mismo inconveniente se halla en sobrecargar demasiado á los principiantes, ó en tenerles demasiadas consideraciones ; lo uno los descorazona, y lo otro los relaja.

Escribiendo al monje Luc, que había abrazado la vida monástica hacía poco tiempo, le habla en estos términos : « Vos os habéis sometido á un yugo pesado, vos que todavía no habíais sufrido ninguno ; y yo temo que después que habéis cogido el arado del Señor, os falte el coraje y hagáis como aquel de quien nos habla el Evangelio, quien se propuso construir una torre sin haber previsto si tendría los materiales necesarios. Pero queréis llegar á ser un buen religioso ? No toméis vuestra propia voluntad por regla de vuestra conducta, someteos más bien á las luces de aquellos que han cultivado esta viña espiritual y toda divina por espacio de largo tiempo y con mucho trabajo. De estos podréis aprender como debéis trabajar en ella. Sería del todo ridiculo pensar que, mientras con todo empeño y por todas partes se buscan los mejores maestros para aprender las materias viles y mecánicas, uno se basta á sí mismo

para aprender la divina filosofía, como si ésta fuera una cosa baja y despreciable.

La vida monástica, dice en otra carta, es el cumplimiento de los mandamientos de Dios. Ella no conoce ni la ira, ni la maldad, ni la ostentación, ni la avaricia, ni el amor de sí mismo; en ella se estima la obediencia, en ella se sirve todo el mundo, en ella no hay solicitud para los bienes del cuerpo, en ella no se buscan más que los del alma. En ella muy lejos de hacer servir la lengua para maledicciones, no se emplea más que para alabar á Dios y rendirle acciones de gracias. En ella todo se hace con razón y sumisión, siguiendo la voluntad de aquel á quien la experiencia, el trabajo y la elección de Dios ha encargado del gobierno; y quien conoce bastante las impetuosidades de los vientos para evitarlas y garantizar de ellas á los que están bajo su dirección.

No basta, escribe á los monjes de Pelusia, para ser verdaderos religiosos, llevar un manto y la barba. No se sabría creer que amáis el retiro, si se os viera con frecuencia en las villas y entre el tumulto del mundo. ¿Se podrá juzgar que labra el campo de Jesucristo, aquel que cultiva las espinas y abrojos de las voluptuosidades del siglo? Aquel no llegará nunca á ser buen filósofo que no hace más que disputar sobre las combinaciones de las palabras; y nunca adquirirá la pureza mientras busque las delicias de la mesa. Si queréis, pues, combatir legítimamente en la milicia espiritual en la cual estáis, combatid un buen combate, según la expresión del Apóstol, recortando de vuestros vestidos todo aquello que se resienta de la vanidad, aplicándoos con tranquilidad de espíritu á la práctica de la virtud, guardando el retiro y nutriéndoos con sobriedad.

Dá esta severa reprimenda á un monje quien, habiendo sido muy elevado, había correspondido mal á los cuidados que se habían tomado de él. El profeta, dice, compara á

aquellos que como vos, tienen el espíritu ligero, á la polvoreda que levanta el viento; pues habiendo sido elevado por los cuidados del bienaventurado Amón, esperábamos que llevaríais frutos de virtud como un árbol cultivado y regado por diestra mano, mientras que vemos con dolor, que en lugar de guardar el retiro, no hacéis más que ir de casa en casa, no para aprender alguna cosa, sino para hacer el oficio de parásito, y buscar los placeres de la mesa. ¿Quien puede ver tal conducta sin quedar penetrado de dolor, ya por el perjuicio que causáis á vuestra alma, ya por el mal ejemplo que dáis á los otros?

La vigilancia y la dulzura, dice á un solitario llamado Juan, son los fieles compañeros de la profesión monástica; y como practicaréis estas virtudes amando los buenos banquetes y la vanidad? Si queréis ser un verdadero monje, seguid aquellas y renunciad á estos. Si al contrario queréis obedecer á la gula, ocuparéis inútilmente una plaza en la milicia del Señor, y serviréis más bien de ejemplo de relajamiento á aquellos que están metidos en este combate espiritual.

La vida monástica, escribe á otro solitario llamado Pacomio, es el reino de Dios. En él no se admite afección alguna viciosa; en él sólo se gustan las cosas celestiales y las virtudes. Ya pues que la habéis abrazado, cuidad que el pecado no os eche de esta mansión real, para reduciros á vuestra primera esclavitud. Esto no es fácil á aquellos que descuidan de levantarse por una sincera penitencia. Yo deseo que el Señor, quien os ha abierto la puerta de la salud, y quien se llama él mismo esta puerta, os conceda un espíritu humilde y dócil y el recogimiento de corazón, para llegar á este camino de justicia que conduce á la vida eterna.

Yo me alegro mucho, dice á Elías monje, del bien que se dice de vos, y sobre todo de las alabanzas que se dan á

vuestra fidelidad en los deberes de vuestro estado. Yo ruego al Señor que no permita jamás que os separéis de él ; sino que os clave en él para siempre por el áncora sagrada de la perseverancia, de manera que con vuestra sabiduría evitéis las tempestades del error y de la ilusión, y que lleguéis felizmente al puerto en donde estaréis al abrigo de las olas, y sobre todo de la vanidad, y en el cual gozaréis de una tranquilidad perfecta. Allí es donde ya no temeréis los vientos impetuosos de la tentación, ni las mugientes olas del orgullo, que ahora os esforzais en subyugar, temiendo que os sumerjan.

La santa filosofía que nosotros profesamos en la vida monástica, escribe al solitario Tomás, huye del ruido, y sólo se adquiere evitando el tumulto y la confusión. Por este medio, como por una escalera misteriosa, ella nos eleva á la perfección de la humildad, y nosotros nos libramos de los cuidados del siglo, y de las ocasiones peligrosas que hay muchas en la conversación del mundo ; por él llegamos al olvido de las cosas de la tierra y gustamos las dulzuras espirituales de la soledad. Mas si creemos que una profesión angélica no consiste más que en tener un manto, en llevar la barba y un bastón, mientras que con estas señales exteriores de monje, nos mezclamos con los seglares y escuchamos con placer las frívolas conversaciones del mundo, esto es como si nos glorificásemos de las apariencias del triunfo sin haber reportado la victoria combatiendo con valor. Yo digo más, en lugar de haber vencido no hacemos más que esponernos á los peligros del combate, ó más bien nos asemejamos á los perros que vuelven á comer lo que vomitaron, ó á los cerdos que se revuelcan en la inmundicia.

Había en Alejandría un monasterio de religiosas llamadas *Sandalarias*, tal vez, dice *Bulteau*, porque llevaban sandalias. San Isidoro les dirigió una carta en la cual les

decía que la debilidad de su sexo no les dispensaba de combatir generosamente contra los enemigos de su alma. Tenéis, les dice, el ejemplo de Susana, de la hija de Jepté y de Judith. La primera, aunque joven triunfó de los viejos ; la segunda sufrió con valor la muerte y conservó su virginidad ; la tercera recibió de lo alto, en recompensa de su pureza, el valor para dar muerte á Holófernes. Añadid á estos ejemplos el de la protomártir de vuestro sexo, la incomparable santa Tecla, quien hizo su virginidad inmortal con su constancia inquebrantable, y quien, á pesar de las tumultuosas ondas de las tentaciones, llegó felizmente al puerto de la salud, como una tea alumbrada por el ardor de su amor sagrado y por el esplendor de sus virtudes. Regulaos según estos ejemplos : combatid vigorosamente contra vuestros enemigos invisibles ; tened vuestras lámparas encendidas y no os dejéis sorprender en el sueño de la voluptuosidad, á fin de que el esposo, que siempre está á punto de presentarse, os encuentre en todo momento en estado de entrar con él á las bodas del cielo.

Ultimamente, recomienda á ciertas religiosas que no eran de clausura, que salgan raras veces ; pues, dice, no sabríais ir con frecuencia á la villa, sin menospreciar vuestro estado y sin exponeros á las flechas emponzoñadas que el enemigo lanzaría contra vosotras desde el medio del tumulto del mundo, y que causarían la muerte á vuestra alma.